

# Los españoles de fuera

## EL TEATRO OFENSIVO DE MAX AUB

POR DOMINGO PÉREZ MINIK

De no producirse la guerra civil no sabríamos qué hubiera sido de Max Aub, un escritor español internacional, minoritario y erudito. Nunca se pudo pensar que el Max Aub de los años treinta se convirtiera en el Max Aub de los cuarenta. Creemos que todos hemos salido ganando con su nueva vocación creadora. Los hechos están a la vista, su producción es considerable, sus compromisos se mantienen tensos y su nombre aparece en primera línea cuando se trata de poner en planta la historia contemporánea de la literatura. Ha inventado un estilo, unas posiciones muy personales, un espíritu de agresión y comprensión indiscutibles. La guerra civil con su increíble acontecer lo trastorna, lo revoca, lo subvierte. Claro está que ninguna guerra civil queda explicada por el hecho de haber transformado el pensamiento y las estructuras literarias de un Américo Castro, un Guillermo de Torre y un Max Aub, una lista interminable. Ser español es uno de los sucesos más trágicos que se le puede presentar a un hombre, a cualquier hombre. Si elegimos ser español, si estuviera en nuestras manos,

ya sabemos que quedamos condenados al purgatorio de la incertidumbre, al desasosiego, a la intranquilidad moral, política y social más rigurosa. Así desde el final de la Edad Media. Acaso no podemos ser de otra forma. Gran consuelo de tontos y sabios. La verdad es que no debemos satisfacer nos con este determinismo aplastante. Los escritores nuestros exilados lo han comprendido así y muchos de los de dentro. Los primeros, y entre ellos de modo sobresaliente Max Aub, se han llevado a España entre pecho y espalda, se han dispuesto a seguir viviendo en la plaza de su pueblo y todos sus actos se dirigen hacia ese regreso imposible del puedo y no quiero. Esta emigración moderna ha sido la más dolorosa de todas y cuidado que han habido emigraciones en este país. Las del siglo XIX nos trajeron montones de tesoros culturales que encontraron en el extranjero. La de 1939, no. O no encontraron nada que descubrir en América, el renacimiento narrativo es acontecimiento de estos últimos años, o nunca la derrota fue tan tremenda como la de estos tiempos. Uno se puede mudar de casa y no pasa nada. Se cambia de traje y tampoco, es más, se sale ganando si era viejo. Nos convertimos a distinta fe religiosa y nos engrandece. Pero hay que ver lo que le acaece a un español si lo sacamos de España. Tenemos que reconocer que ha sido a regañadientes. Cuando perdemos la libertad de elección, todos los humores se pierden.

Entre los hallazgos que estos exilados españoles nos han ofrecido está el teatro de Max Aub, sus novelas también con singular mención, sus desahogos críticos. Todos de original importancia. Ya sabemos que Max Aub ha escrito dramas de gran arboladura, como "San Juan", "No", "El rapto de Europa" y tantos otros. Además, unas veinte obras en un acto, la mayoría de circunstancias. Muchas de impecable calidad, que muestran un denominador común. Estas obras menores presentan una hermosa tradición española que va de Gil Vicente a Cervantes y Valle Inclán. Ninguna de estas piezas se ha estrenado en nuestro país, naturalmente, lo que quiere decir que su regular destino se ha quebrado de modo radical. No se escribe un teatro sin ser representado, sin que un espectador lo acepte o lo rehuse, sin que se complete su vida artística. Aparte de todo esto, el caso Max Aub no es un caso cualquiera. La naturaleza de su producción exige un inmediato contacto con el público. Sus temas, sus personajes, sus formas poseen un cierto carácter apremiante. Son del momento que se vieron, son irremplazables, precisan de una acción directa inmediata. Hemos de pensar que no tenemos a la vista el teatro de Cervantes, Moratín o Jacinto Grau, que admite el compás de espera, por razones fáciles de entender. Max Aub, no. Además, lo que ha hecho nuestro autor sólo él ha podido hacerlo. No ha tenido sustitutos, sucedáneos o suplentes. Estos cua-

dros de ocasión, trabajados a la vista de los acontecimientos, no había manera de representarlos en España. Los escritores de dentro sólo han podido manifestar sus ideas a través de una serie de compromisos mentales y formales, los que requerían unas circunstancias políticas determinadas. La acción directa, la ofensiva inmediata, la verdad desnuda eran incompatibles con la vida de los españoles de estos años. Nunca sabremos si hubieran podido resistir estas obras. Max Aub se lanzó a la terrible empresa de presentarnos al rojo vivo testimonios de la mayor gravedad, cuadros de una dureza, crueldad y franqueza insospechados, conductas capaces de perturbar el orden más seguro. El mismo Max Aub nos ha dicho que no tenía derecho entonces a callar lo que vio para escribir lo que imaginaba. Esta manera de no dar reposo a la realidad para que se siente, fragüe o distancie, hasta ponerla en condiciones de un alto servicio estético o universal, lo que se ha hecho siempre, es uno de los grandes descubrimientos de Max Aub, como creador de un teatro de circunstancias, que supone a su vez la invención de un estilo, un método, una técnica, los adecuados a un permanente asedio a la verdad recién nacida.

Max Aub ha hecho suyo este pensamiento de Jean Paul Sartre: “El hombre es el ser por el que la verdad aparece en el mundo”. Esta preocupación está siempre muy viva en su trabajo. No sabemos si cuando el filósofo francés escribió esto sabía que estaba poniendo en órbita un pensamiento esencialmente cristiano. Lo cierto es que la extraña coincidencia que apuntamos ha servido para afirmar la responsabilidad del hombre frente a lo verdadero. “Lo verdadero es cosa humana, puesto que debo afirmarlo para que exista”. Esta actitud le ha costado a Max Aub muchos disgustos. El más importante de todos: la escasa representación de su teatro. Este teatro se pensó con un espíritu quijotesco, como una enmendadura de agravios inmediatos, con una técnica de operador de urgencia, con una voluntad de denuncia heroica. Sus dramas de la segunda conflagración europea, dramas políticos por excelencia, los frescos de nuestra guerra civil, las escenas de la vida corriente y contemporánea, toda su obra, en resumidas cuentas, ha intentado recoger la realidad acabada de transcurrir, en ese momento en que deja de serlo, en que aún no se ha convertido en historia. Cruel, excepcional, inverosímil tarea este hacer teatro con las últimas noticias, todavía caliente la tinta del periódico. Si la realidad es un toro, hay que saberlo torear, hasta separar artificialmente al artista del animal, cada cual en su plano de movimientos. Si no se procede así, la cogida es segura. Nos tenemos que preguntar cuál ha sido la actitud de Max Aub para no perecer de mala manera. Su descubrimiento es incuestionable. Lo mismo la comodidad social que la incomodidad social producen los más raros idea-

lismos, hasta los realismos socialistas. Max Aub no ha caído ni en los unos ni en los otros. Su gran talento creador lo ha resuelto todo con eficiencia. Como el héroe de su pequeño drama de ocasión “Un anarquista”, cada nuevo hecho imprevisible origina en él una opuesta resolución, fina y retorcida, lúcida y descoyuntada, inesperada y drástica. No sabemos si ya llegó la hora de hacer todas las preguntas que se nos ocurran a la Historia de España para conocer la verdad. Estamos seguros que muchas de ellas, las realmente imponderables, sólo las podrá contestar con la mayor seguridad la novela, el teatro y los pliegos de cordel de Max Aub.

